

EL SIGLO DE LAS MUJERES

Nuria Amat

Mi padre es Juan Rulfo. Mi madre es Juan Rulfo. Huérfana de huérfanos a mi también me engendraron las palabras. O la ausencia de ellas. Las palabras me trajeron al mundo y me sostienen como una gran familia. Y estas palabras en las que volví a nacer eran españolas, catalanas, argentinas, peruanas, mexicanas...

Al principio, la lengua está dormida y son precisamente los libros los que despiertan a ratos todas las palabras. Los libros son puentes del idioma. Van a uno y a otro lado de la lengua. Desuniendo matices. Descubriendo afinidades. De ese modo, sorteando diferentes atajos y veredas, fue como aprendí a leer a los poetas clásicos de nuestra lengua y lo conseguí, en parte, leyendo algunos libros emblemáticos de escritores hispanoamericanos. Llegué a San Juan de la Cruz, Góngora y Garcilaso a través de las bibliotecas vivas de escritores del otro continente. Comprendí mejor mi lengua y mi literatura por el modo en que los escritores latinoamericanos escriben, resucitando el idioma, haciéndolo suyo y verdadero. Borges me enseñó Quevedo. Paz me descubrió a Sor Juana. Fuentes me mostró a un auténtico y convencido Cervantes. Vallejo y Arguedas me reconcilian cada día con el arcoiris de la lengua castellana.

Escribir es también una manera de resucitar la lengua. Cada escritor inventa una madre en las palabras. La lengua que hablo es híbrida. Es bastarda. Es mestiza. Es catalana

(¿blanda?) ¿O pura y dura castellana? Es española (tibia). Es árabe (me llamo nur-ia). Es gitana. Canastera. Enfebrecida. Dicharachera. Muda. Deslenguada (eso me gusta). Es tímida y a veces huérfana. Es polémica. También rebelde. Es andaluza (¡Olé!) y moreneta (¡Visca!). Es de mar y de montaña. Es impura. Y atravesada. Muy latina (mi apellido la canta). Y por eso hispana. De Colombia, de Perú, Nicaragua y Argentina. Es gachupina. Y sorda. Y rara. Y de virgen negra o violada. Es libresca. Copiada de los libros vivos. Robada a las novelas sabias. Y francesa (por demasiada lectura). A veces sueña que sabe inglés y consigue disfrazar la erudición en verso. Es interior. Popular. Desobediente. Herida. Poemática (¿existirá esta palabra?). Desterrada. Judía y alemana. Perdida. Desgraciada. Luminosa. Rica y pobre. Le gusta depender de instantes. Asombrar las ideas. Comerse los minutos. Africanizarse y, entonces, ser más corrosiva y amplia. O empequeñecer las sombras. Desaparecer y resucitar de nuevo. Borrarse del mapa y extenderse. Es tuya y mía. Es, por supuesto, prestada. Por eso la invento cada día como si fuera una lengua personal, semisecreta y desclasada.

Todas esas voces que han llegado de países manchados por el habla tienen más de lucha heroica e irónica rebeldía que de sumisión al poder del habla castellana. Cada una de ellas es una revolución en sí misma. Un nuevo nacimiento del habla. Voces de continua periferia. En definitiva, voces de escritores emigrados como vamos siendo o comportándonos la mayoría de los escritores de este siglo nuestro castigado por la historia. Voces cultas y genuinas como quijotes andantes. Sabias e infinitas como bibliotecas borgeanas. Voces que hablan a la lengua y desestiman los poderes de la patria. Voces hermanas que mantienen un permanente reto o desafío. El de inventar la lengua. Desmenuzarla y agitarla como si la lengua fuera el gran alimento del alma.

Mi padre es la novela. Mi madre es la poesía. Nací poeta y me convertí en novelista. Quise ser poeta y tuve que resignarme al papel de novelista. Las palabras como la luna tienen dos caras. Los poetas cantan la noche. Las novelistas duermen con el día. Es en la novela donde me siento más a gusto. Pero existe además una razón vital que me lleva a preferir la novela como la alternativa más acorde a mi deseo de escritura. Una razón egoísta y enfermiza. Y tiene que ver con el hecho de que escribir novelas significa invertir en ello una enorme cantidad de tiempo. La novela me rescata del absurdo de este vivir cotidiano. Soluciona en parte la agonía creativa que padecemos aquellos escritores que solo nos sentimos vivos cuando escribimos. Cuando, como me gusta decir, vivimos en “estado de novela”.

Suelo comparar la escritura de una novela con el estado febril y doloroso de una pasión amorosa. La escritura es un ejercicio físico. Cuando empiezo a escribir una novela y soy absorbida por ella me siento como si estuviera presa por una historia de amor. La novela es mi amante secreto a quien le dedico todas mis horas del día y de la vida. Nadie debe conocer la historia que estoy escribiendo. Si contara esta pasión, si desvelara el secreto, la novela perdería su encantamiento. Esta pasión es un duelo a dos, duelo terrible y peligroso. Termina en una muerte. Un final. La novela debe acabarse sin remedio. Al igual que sucede con la pasión amorosa esta nunca es duradera. Escribir es mantener este desafío constante con la muerte. Evitar el instante final. Pero también como ocurre con el amor, cuanto más excitante y apasionado es el ritmo de escritura, más rápidamente parece acercarse el fin.

Siempre he considerado el género novelesco como un misterioso cajón de intimidades. Una mirada que cuenta cosas a través de una ventana. En las novelas se cuenta lo secreto. Suele decirse en ellas lo que no nos atrevemos a confesar ni al más querido amante. En este sentido, las novelas escritas por mujeres son transgresoras del habla. Buscan reconocerse en otras miradas que como ellas tengan la existencia dolorida. Una melancolía festiva y hasta resignada con el devenir del día. Novelar es memorizar intimidades. Darles vida con el calor de la palabra.

La apuesta narrativa de las novelistas contemporáneas es similar a la de los grandes fundadores literarios. Hijas de un siglo en el que la novela vive continuamente amenazada de muerte, las escritoras parecen apropiarse de la idea de que escribir novela consiste en abundar en las raíces poéticas del texto narrativo. A la manera de nuestras grandes predecesoras (Woolf, Austen, Elliot) las novelistas seguimos el camino narrativo que nos lleva a los orígenes de nosotras mismas valorando la fuerza emblemática del lenguaje. Mitificando el rito. Dando sonido a los silencios. Robando la auténtica voz de las palabras. Y, con todo, estoy convencida de que las escritoras seguimos siendo invisibles. ¿Por qué, se preguntarán algunos, reflexionar ahora sobre la invisibilidad de las escritoras cuando el mercado editorial nos abrumba con infinidad de libros escritos por mujeres? No me estoy refiriendo, por supuesto, a la imagen de la falsa escritora de mercado en que se valoran otros atributos distintos a los específicamente literarios. Sin movernos del arte literario, se puede reconocer el valor intrínseco de obras hechas por mujeres a la misma altura de las de los varones contemporáneos suyos. Pienso, por ejemplo, en Clarice Lispector, Teresa de Jesús, Rosario Castellanos, Virginia Woolf y, sin embargo, es curioso como desde una perspectiva

del poder literario éstas escritoras geniales van pasando a un brumoso segundo término o sencillamente se diluyen.

Pero estas culturas veladas son en cierto punto revolucionarias. Me refiero a aquellas literaturas que podrían ser clasificadas de novela mestiza o periférica y de novela escrita por mujeres. La misma condición de grupo aparte, de algo digno a revalorizar nos convierte en invisibles. Si como suele decirse, la esencia de la novela es el lenguaje de lo imposible, la representación simbólica de los hechos, voces que persiguen decir lo real mediante quimeras inverosímiles, las novelistas, entonces, tienen en ese reino novelesco un papel significativo, histórico, revolucionario. De alguna manera he intentado sacar beneficio de este encierro indeseado, sacarle partido a ese velo que confina a la escritora a un brumoso segundo plano. Escribir para ocultar es también mi desafío. Como la gran ensayista Marthe Robert yo también creo que en literatura, lo nuevo calla. Con los años, con la suma de páginas escritas aumenta este deseo de ocultamiento literario. Enseñar (publicar) un texto es condenarlo al olvido. Por famoso y conocido que en su momento pueda llegar a ser una obra literaria, los meses olvidan. Los libros se devoran entre ellos en una selva de producción masiva. Los títulos se incineran en librerías vacías. Por eso me parece que ocultar un texto es ofrecerlo como regalo a la historia. Cuanto más secreto pones en la creación de un texto más eternidad le confieres a estas páginas innecesarias. Porque publicar un libro hoy es aceptar también su rápida condena. El éxito ruidoso del mercado mata la eternidad de la palabra. Y bajo este mismo prisma, el fracaso comercial es doblemente asesino. El libro es olvidado dos veces. Por el contrario, un texto guardado en secreto es algo no nacido todavía. Los años alimentan la belleza de su

estilo. Cuanto más verdadero es un texto menos necesidad tiene uno de publicarlo.

Porque parece que ahora uno escribe de verdad para ser olvidado. Por eso escribir y descomponer lo escrito es una misma cosa. Son la misma fuerza unida de escritura. La vanguardia no está en el contenido ni en la forma. Se ha situado en el gesto. En esta lucha del escritor por querer alejarse del centro. Ser olvidado para poder ser recuperado. Apartarse lejos para seguir aquí.